

Comunicaciones

II Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Moderna. Líneas recientes de investigación en Historia Moderna



Esta publicación se ha realizado dentro del Grupo de Excelencia de la URJC:
“La Configuración de la Monarquía Hispana a través del sistema cortesano (siglos XIII-XIX):
organización política e institucional, lengua y cultura (GE-2014-020)” financiado por
el Banco de Santander



PRIMERA EDICIÓN:

junio 2015

© Los autores

© DE ESTA EDICIÓN:

Ediciones Cinca, S.A.

Servicio de Publicaciones de la Universidad Rey Juan Carlos

Reservados todos los derechos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La responsabilidad de las opiniones expresadas en esta obra incumbe exclusivamente a sus autores y su publicación no significa que Ediciones Cinca se identifique con las mismas.

DISEÑO DE LA COLECCIÓN:

Juan Vidaurre

PRODUCCIÓN EDITORIAL,
COORDINACIÓN TÉCNICA
E IMPRESIÓN:

Grupo Editorial Cinca
c/ General Ibáñez Íbero, 5A
28003 Madrid

Tel.: 91 553 22 72.

grupoeditorial@edicionescinca.com

www.edicionescinca.com

DEPÓSITO LEGAL: M-21596-2015

ISBN: 978-84-15305-87-3

Tras la estela de Cisneros. Fray Bernardo de Fresneda y su legado en Santo Domingo de la Calzada (La Rioja)¹

Fernando Muñoz Sánchez
Universidad de La Rioja
fernando.munoz@unirioja.es

Resumen: Desde su profesión en la orden franciscana hasta su designación como arzobispo de Zaragoza, la carrera eclesiástica de fray Bernardo de Fresneda (1509-1577) estuvo trufada de éxitos, cuyo cénit fue el logro del prestigioso cargo de confesor real de Felipe II. Dejó constancia de su nombre y posición a través de varias fundaciones en su tierra de origen, entre ellas la capilla mayor de la iglesia franciscana de Santo Domingo de la Calzada, donde dispuso su sepulcro, y el colegio de San Buenaventura, cuyo proyecto original seguía los pasos del cardenal Cisneros en Alcalá.

Además de actualizar el estado de la cuestión, señalando los estudios que ha suscitado esta figura, en esta breve aportación incidiremos en el perfil que sobre el confesor realizaron las crónicas franciscanas de su distrito natal. Emplearemos estas mismas fuentes para abordar su legado, comprendido en el contexto de las iniciativas fundacionales de las jerarquías eclesiásticas de época moderna.

Palabras clave: Fray Bernardo de Fresneda, confesor real, provincia franciscana de Burgos, crónicas barrocas de las órdenes religiosas, fundaciones religiosas, Santo Domingo de la Calzada.

Abstract: From his entry in the Franciscan order to his appointment as archbishop of Saragossa, the ecclesiastical career of fray Bernardo de Fresneda (1509-1577) was full of successes, and the prestigious designation as royal confessor of Philip II became his greatest achievement. He engraved his name and position through several foundations in his homeland, including the main chapel in the Franciscan church of Santo Domingo de la Calzada, where he arranged his own sepulcher, and the college of San Buenaventura, whose original project followed the steps of cardinal Cisneros in Alcalá.

Appart from updating the works he has inspired, pointing the research about this figure, in this short essay we will approach the profile about the confessor, which is included in the Franciscan chronicles of his home district. We will also use these sources for talking about his legacy, within the context of foundational initiatives planned by ecclesiastical hierarchies during Modern Age.

Keywords: Fray Bernardo de Fresneda, royal confessor, franciscan province of Burgos, Baroque chronicles of religious orders, religious foundations, Santo Domingo de la Calzada.

A finales del siglo XVIII el ministro provincial de los franciscanos de la demarcación burgalesa, fray Dámaso Bernáldez y Tobía, enviaba una patente a todos los conventos de su jurisdicción. Exhortaba a entregar la plata que no fuese imprescindible

¹ Este trabajo se ha realizado en el marco del Proyecto de Investigación de referencia HAR2011-28732-C03-02, cuya IP es la Dra. Ángela Atienza, que se desarrolla gracias a la financiación del Ministerio de Economía y Competitividad.

para el culto y algunas cantidades procedentes de obras pías, fundaciones o rentas de religiosas. Eran disposiciones provenientes de la Corona y su secretaría de Estado, concernientes a financiar la guerra sostenida entonces contra Inglaterra. Al margen de aquel contexto, resulta interesante comprobar a qué figuras recurría para ilustrar el servicio a la Monarquía hispánica que en tiempos pasados habría prestado aquella provincia franciscana:

“...y en esta Provincia tenemos modelos de los servicios que han hecho al Estado sus hijos, e hijas; y sirvan por todos de ejemplar un Fr. Bernardo Fresneda, y una V. M. Sor María de Jesús de Ágreda; ésta con sus acertados consejos, que escribió al Rey Felipe IV, para el mejor gobierno del Reyno; y aquél con sus piadosas y útiles fundaciones, en que empleó considerables sumas de dinero para fundar Colegios, dotar huérfanas, y fomentar la Agricultura, ramo el más importante del Estado.”²

Junto a la célebre abadesa de Ágreda, aludida por su relación epistolar con Felipe IV³, la imagen de fray Bernardo de Fresneda permanecía muy presente en la memoria de sus hermanos de hábito del distrito burgalés, más de dos siglos después de su muerte. Su relevancia radicaba en una brillante carrera eclesiástica, cuyo catalizador había sido el acceso al confesionario real. Como encargado de la conciencia de Felipe II, participó de la política religiosa planteada por el monarca en el contexto del Concilio de Trento, e hizo valer su influyente posición en cualquier asunto que se le presentase.

A la firmeza en el asentamiento de este recuerdo entre los frailes de su provincia natal había colaborado el propio prelado en sus legados, disponiendo sendas fundaciones en Santo Domingo de la Calzada. Como émulo declarado del cardenal Cisneros, quizá desde sus tiempos de estudiante en Alcalá, fue su deseo financiar en la localidad riojana un colegio mayor para proveer de formación universitaria a los estudiantes de las regiones circundantes. También sufragó la capilla mayor de la iglesia conventual del mismo lugar, un espacio que dispuso para levantar su mausoleo personal.

En esta promoción de la figura de fray Bernardo como generoso mecenas, comprometido con su orden y con su tierra natal, contribuyeron las crónicas redactadas a mayor gloria de la provincia franciscana a la cual perteneció. El género historiográfico fue desarrollado por las órdenes religiosas con inaudita profusión durante los siglos del

² AHN, Clero Secular-Regular, Legajo 2821. La patente está firmada en el convento de Sto. Domingo de la Calzada a 14 de mayo de 1798.

³ Acerca de esta religiosa remito a una reciente monografía: A. MORTE ACÍN (2010). *Misticismo y conspiración: Sor María de Ágreda en el reinado de Felipe IV*. Zaragoza.

Barroco, en paralelo a la evidente saturación conventual de la España del Antiguo Régimen⁴. Eruditos de todas las órdenes expusieron de forma apologética los orígenes y progresos de sus correspondientes instituciones. En sus textos recuperaban y publicaban tradiciones inmemoriales, privilegios significativos y biografías edificantes, construyendo una imagen positiva de la orden protagonista. De cara al exterior se refrendaban, frente al resto de órdenes, una venerable antigüedad, una miríada de santos o la calidad de los servicios prestados. También era literatura de consumo interno, que buscaba reforzar la conciencia de grupo de estos colectivos regulares y el compromiso adquirido a la hora de profesar.

En el caso de los franciscanos, con enorme presencia y popularidad a lo largo del territorio peninsular, numerosas crónicas cantaron las glorias de las distintas demarcaciones provinciales⁵. Para el contexto de la provincia franciscana de Burgos, al margen de varios manuscritos inéditos, contamos con dos volúmenes editados en la primera mitad del siglo XVIII⁶. En estas páginas fray Bernardo cobraba una importancia indiscutible y sus hitos fundacionales eran divulgados con detalle, así como la estrecha relación mantenida con el monarca.

En esta breve exposición comenzaremos por trazar un pequeño estado de la cuestión, como punto de partida para ulteriores estudios sobre este franciscano y su época. A continuación, abordaremos la cuestión del legado del confesor,

⁴ Una introducción a la producción historiográfica del clero regular en el Barroco en: A. ATIENZA LÓPEZ (2012). “Las crónicas de las órdenes religiosas en la España Moderna. Construcciones culturales y militantes de época barroca”. En A. ATIENZA LÓPEZ (ed.). *Iglesia memorable, crónicas, historias escritas... a mayor gloria. Siglos XVI-XVIII*. Madrid, pp. 25-50. La autora cuestiona si esta multiplicación de crónicas era reflejo de unas órdenes triunfantes o, precisamente, el indicio de que éstas empezaban a declinar y necesitaban de un prestigio renovado.

⁵ Un repaso a esta producción en: R. SANZ VALDIVIESO (2005). “Crónicas franciscanas españolas (bibliografía) hasta el siglo XIX”. En M. M. GRAÑA CID (ed.). *El Franciscanismo en la Península Ibérica. Balance y perspectivas*. Barcelona, pp. 41-70. Remitimos también a las ediciones fac-símil de crónicas provinciales españolas, publicadas por la Editorial Cisneros.

⁶ D. HERNÁEZ DE LA TORRE y J. SÁENZ DE ARQUÍÑIGO (1722). *Primera Parte de la Crónica de la Provincia de Burgos de la Regular Observancia de Nuestro Padre San Francisco*, (Existe reproducción facsimilar con introducción e índices de A. Abad Pérez, editada en la Editorial Cisneros en 1990). M. GARAY (1742). *Compendio chronológico con nuevas adiciones a la Primera parte de la Crónica de la Santa Provincia de Burgos*. Pamplona, 1742. He trabajado durante los últimos años sobre el tema: F. MUÑOZ SÁNCHEZ (2009). *La crónica de la Provincia franciscana de Burgos de D. Hernáez de la Torre y J. Sáenz de Arquíñigo. Introducción a su estudio*, trabajo de investigación presentado en la Universidad de La Rioja para la obtención del Diploma de Estudios Avanzados. F. MUÑOZ SÁNCHEZ (2011). “Los conventos franciscanos en Navarra a la luz de las crónicas del siglo XVIII”. *Príncipe de Viana*, 254, pp. 237-250. F. MUÑOZ SÁNCHEZ (2012). “Un catálogo de santidad. La Segunda Parte de la crónica de la provincia franciscana de Burgos”. En A. ATIENZA LÓPEZ (ed.). *Iglesia memorable, crónicas, historias escritas... a mayor gloria. Siglos XVI-XVIII*. Madrid, pp. 323-341. Ver también: J. GARCÍA ORO y M. N. PEIRÓ GRANER (2007). “La Provincia Franciscana de Burgos: Tradiciones y documentos. El inventario y registro de Fray Manuel Garay (1745)”. *Archivo Ibero-Americano*, 258, pp. 461-675.

comprendiéndolo en el contexto de las iniciativas fundacionales de las jerarquías eclesiásticas en el Antiguo Régimen⁷. Este aspecto se observará a través del prisma de gratitud y orgullo que subyace en el discurso de los cronistas barrocos. Con ello trataremos de sumar otro grano de arena a los estudios que ha sugerido en los últimos años esta literatura historiográfica, entendida como representación del propio clero regular y de la sociedad en la cual se hallaba inscrito.

1. EL PERFIL DE FRAY BERNARDO. DEL “ILUSTRE PRELADO” AL “FRANCISCANO INTRIGANTE”.

Bernardo Alvarado nacía hacia 1509 en Fresneda de la Sierra (Burgos), en una familia de extracción humilde. En la adolescencia ingresaba en el cercano convento franciscano de San Bernardino, y más tarde era enviado a estudiar al colegio de la orden de San Pedro y San Pablo en Alcalá de Henares, donde pudo comenzar a desarrollar su admiración por Cisneros. Terminada su formación, tornaba a la provincia franciscana de Burgos e impartía docencia, como lector de Teología, en el convento de la urbe castellana.

Su medra personal comenzaría a partir de la notoriedad ganada durante el conflicto en la provincia entre frailes castellanos y frailes vasco-cántabros, que se zanjaría con la división en dos distritos diferentes⁸. En 1548 era elegido como comisario de la orden para entrar en el séquito que acompañaba al joven príncipe Felipe en su viaje europeo. El acercamiento, por entonces, al círculo del príncipe de Éboli supuso un espaldarazo definitivo a su influencia cortesana, y ya en 1553 aparecía firmando como confesor del príncipe⁹. El mismo año era elegido definidor general de la orden en el capítulo celebrado en Salamanca.

El estudio de una figura como Fresneda entraña dificultades por las distintas visiones que se han ofrecido acerca del mismo. Las más edulcoradas biografías,

⁷ No cabe duda de que nos sentimos deudores del estudio comprendido en la exhaustiva monografía de A. ATIENZA LÓPEZ (2008). *Tiempos de conventos. Una historia social de las fundaciones en la España moderna*, Madrid.

⁸ Sobre la división de la provincia de Burgos y la génesis de la provincia de Cantabria: A. URIBE RUIZ DE LARRINAGA (1996). *La provincia franciscana de Cantabria (II): Su constitución y desarrollo*. Aranzazu, pp. 25-46. Tal separación podía convenir a las aspiraciones de Fresneda, pues eran los frailes de origen vasco-cántabro quienes solían ocupar los altos cargos de la provincia.

⁹ El documento era resultado de una junta de teólogos, que se planteaba la necesidad de una autorización papal para vender bienes eclesiásticos. Martínez-Peñas indica que en un documento de 1548 el emperador aconsejaba al príncipe cambiar a su confesor, Martínez Silíceo, y le parece plausible que se ofreciese el cargo a fray Bernardo alrededor de estas fechas. L. MARTÍNEZ PEÑAS (2007). *El Confesor Del Rey en el Antiguo Régimen*. Madrid, pp. 294-296.

firmadas por autores de la propia orden, le presentarían como fiel servidor de la Corona, obispo ideal, reformador de las órdenes religiosas y generoso fundador. Sin embargo, las opiniones más críticas, refrendadas por estudios recientes, contenían calificativos que le retrataban como un religioso poco ejemplar con respecto a su estatus clerical y, particularmente, a su hábito mendicante.

Si bien hasta el momento no se ha elaborado una monografía específica sobre la trayectoria del franciscano en el marco de la política confesional de Felipe II, varios trabajos han ofrecido valiosísimas aproximaciones biográficas, o se han centrado en alguna faceta particular. Tal hecho ha motivado que en estas líneas hayamos optado por añadir una revisión bibliográfica de su eco en la historiografía, en lugar de limitarnos a aportar la enésima versión de la biografía del protagonista. Este sucinto repaso también se propone como una invitación a continuar y ampliar la investigación en torno a este poliédrico personaje.

La trascendencia de este religioso ha girado principalmente en torno a la posición que ocupó, desempeñando la dirección espiritual de Felipe II. Con respecto a ello, cabe señalar que las líneas de investigación abiertas en Europa durante las últimas décadas han mostrado un creciente interés por estudiar a los personajes que formaban parte del entorno cortesano. En este contexto no ha pasado desapercibida la influencia política que llegaron a tener los confesores y, desde este punto de vista, han comenzado a aparecer diversas contribuciones acerca de tales religiosos¹⁰.

Bajo esta premisa, podemos encontrar las aportaciones biográficas más exhaustivas y completas que ha suscitado en la actualidad este franciscano. El trabajo de Pizarro Llorente¹¹ se ha convertido en un referente en todo cuanto toca a la semblanza de Fresneda. A través de un repaso a las distintas etapas de su recorrido vital, nos presenta el retrato de un personaje ambicioso, interesado en ascender hacia el poder y consolidar su influencia, tanto a nivel político, como religioso.

Más recientes son las páginas que le dedica la monografía de Martínez Peñas¹², que versa precisamente sobre la larga lista de confesores que, durante el Antiguo Régimen, tuvieron por cometido encauzar la conciencia de los monarcas españoles. En el apartado dedicado a Fresneda, el autor traza las líneas maestras de su biografía,

¹⁰ M.A. LÓPEZ ARANDIA (2012). “El guardián de la conciencia. El confesor del rey en la España del siglo XVII”. En E. SORIA MESA y A. DÍAZ RODRÍGUEZ (eds.). *Iglesia, poder y fortuna. Clero y movilidad social en la España moderna*. Granada, pp. 60-62.

¹¹ H. PIZARRO LLORENTE (1994). “El control de la conciencia regia: El confesor real Fray Bernardo de Fresneda”. En J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.). *La corte de Felipe II*. Madrid, pp. 149-188.

¹² MARTÍNEZ-PEÑAS (2008). *op. cit.*, pp. 293-324.

incidiendo en su participación en la vida política y eclesiástica del reino. Diserta, además, sobre el carácter intrigante y ambicioso del confesor, en base a los testimonios conservados¹³.

Ambos textos suponen un punto de inflexión crítico en comparación con las versiones más benevolentes que, sobre la vida del prelado, se ofrecían todavía hacia la primera mitad del siglo pasado. La importancia que poseía para la orden alguien de la entidad de fray Bernardo, encontraba su eco impreso en la panegírica aportación de Pou y Martí¹⁴ en la revista de estudios franciscanos *Archivo Ibero-Americano*. Su visión condescendiente bebía de fuentes clásicas de la orden, como las obras de Gonzaga, *Gubernatis* o *Wadding*. Pou destacaba su fidelidad al rey, el cual premiaría el buen servicio con sucesivas prelacías, pero omitía los episodios más polémicos. No obstante, su buceo en los archivos le permitía agregar, como apéndice, varios documentos relacionados con los cargos asumidos por Fresneda¹⁵.

Como vemos, los estudios actuales convienen en destacar la ambición mostrada por fray Bernardo en su camino hacia el confesionario regio y su celo por salvaguardar aquel puesto privilegiado. Se ha hablado de las intrigas tejidas contra sus adversarios o el empleo que haría de su autoridad para situar a sus partidarios más afines en oficios cortesanos. En este sentido resultaría significativa su velada participación en el largo proceso inquisitorial contra el dominico Bartolomé de Carranza, arzobispo de Toledo¹⁶.

Como experto conocedor de la figura de Carranza, Tellechea Idígoras¹⁷ indicaba el papel de Fresneda como instigador en esta causa, fruto de la enemistad que enfrentaba a ambos religiosos desde su estancia en la corte inglesa en 1554. El prestigio adquirido por Carranza en aquellos días y su posterior nombramiento como arzobispo, pudieron provocar el temor de Fresneda a perder el confesionario real. Entre sus intrigas

¹³ Destacarían los testimonios de los embajadores venecianos Tiépolo y Soranzo, que hablaban de un Fresneda “deseoso de intervenir en todos los asuntos de Estado y de que se reconociera su poder y su capacidad”. MARTÍNEZ-PEÑAS (2008). *op. cit.*, p. 324.

¹⁴ J. M. POU Y MARTÍ (1930). “Fr. Bernardo de Fresneda, confesor de Felipe II, ob. De Cuenca y Córdoba, y Arz. de Zaragoza”. *Archivo Ibero-Americano*, 33, pp. 582-603.

¹⁵ Entre estos documentos se incluían las respectivas presentaciones de Fresneda para las sedes de Cuenca, Córdoba y Zaragoza, o el relato de fray Alberto Pomerio, confesor de Fresneda, sobre los últimos días del prelado. POU Y MARTÍ (1930). *op. cit.*, pp. 592-603.

¹⁶ Carranza sufrió entre 1559 y 1576 un largo proceso inquisitorial, primero en España y luego en Roma, acusado de herejía a partir de un foco de protestantes que invocaba su nombre. Fue absuelto poco antes de su muerte y recibió sepultura en el romano convento de Santa María sopra Minerva.

¹⁷ Sus estudios incluyen aportaciones como la siguiente: J. I. TELLECHEA IDÍGORAS (1977). *Fray Bartolomé de Carranza y el Cardenal Pole. Un navarro en la restauración católica inglesa (1554-1557)*. Pamplona, pp. 119-197. Más centrado en Fresneda ha escrito: J.I. TELLECHEA IDÍGORAS (1999). “Religión y política. Diez cartas inéditas de fray Bernardo de Fresneda, confesor de Felipe II”. *Scriptorium victoriense*, 1-4, pp. 259-294.

también se anotaban las maniobras para alejar de la corte a uno de sus mayores críticos, el también franciscano fray Diego de Estella¹⁸.

A finales de la década de los sesenta su buena estrella comenzaría a apagarse. El cambio político de Felipe II hacia estas fechas se dejaría sentir en las restricciones que iba poniendo a la influencia de Fresneda, alejándolo definitivamente de la corte al nombrarlo obispo de Córdoba en 1571. Se ha debatido sobre si en esta fecha se produjo su cese como confesor, o bien si conservaría el cargo hasta poco antes de fallecer, seis años más tarde¹⁹.

Siendo una de las principales figuras de la corte filipina en un período decisivo para la configuración de las órdenes religiosas en época moderna, no es de extrañar que también haya sido estudiado como promotor de los procesos de reforma que atravesaron aquellas instituciones. Desde 1562, el rey lo había integrado en una junta destinada a debatir la cuestión, al lado de notables como el inquisidor general Valdés, el secretario Eraso o el doctor Velasco. Especialmente se le ha relacionado con la desaparición de la rama conventual de los franciscanos en los territorios de la Monarquía hispánica, que contaba con sus últimos reductos en tierras navarras²⁰.

Sobre esta cuestión, Pizarro Llorente²¹ retoma el sendero biográfico que había emprendido en su anterior trabajo, ampliándolo para mostrar la implicación del franciscano en aquellas reformas y en la extinción de la conventualidad. Vincula su actuación a una plena identificación del fraile con la política religiosa de Felipe II, interesado en intervenir en cualquier asunto eclesiástico de sus dominios.

Un especialista en el tema como Fernández-Gallardo²², ha integrado el nombre de Fresneda entre los de aquéllos que considera “cerebros” de aquella supresión, junto a franciscanos observantes como Alonso Gutiérrez, ministro provincial de Santiago, o Francisco Pacheco, ministro provincial de San Miguel. Éste último era muy próximo a

¹⁸ El teólogo denunció a Fresneda ante la Santa Sede cuando era obispo de Cuenca. Por su fastuoso nivel de vida, lo consideraba poco adecuado para reformar a los conventuales. La reacción de fray Bernardo, que recibiría una carta admonitoria de Pío V, fue indisponer a Estella a través del provincial fray Francisco de Zamora, quien lo recluyó en el convento de Toro. MARTÍNEZ-PEÑAS (2008). *op. cit.*, p. 313.

¹⁹ *Ibidem*, pp. 322-323.

²⁰ La desaparición de los conventuales en Navarra revirtió en beneficio de su provincia natal de Burgos, que asumió la jurisdicción sobre estos conventos reformados. GARCÍA ORO y PEIRÓ GRANER (2007). *op. cit.*, pp. 508-511.

²¹ H. PIZARRO LLORENTE (2006). “El obispo Fresneda y la supresión de los franciscanos conventuales españoles”. En G. FERNÁNDEZ-GALLARDO (coord.). *Los franciscanos conventuales en España*. Madrid, pp. 333-350.

²² G. FERNÁNDEZ-GALLARDO (1999). *La supresión de los Franciscanos Conventuales de España en el marco de la política religiosa de Felipe II*. Madrid, pp. 75-81.

fray Bernardo, además de deudor del mismo por haber conseguido, gracias a su influencia, el puesto de confesor de la reina Isabel de Valois²³.

Más allá de su omnipresencia en la esfera cortesana, Fresneda llegó a ceñirse dos mitras episcopales, mostrando una faceta pastoral relacionada con la puesta en marcha de los decretos tridentinos. En 1562, por mediación del rey, era nombrado obispo de Cuenca, aunque sus ocupaciones cortesanas hicieron que probablemente no llegase a residir en la diócesis. A pesar de ello, acudió como obispo al concilio provincial de Toledo en 1565 y, un año después, convocó sínodo en Cuenca para aplicar los acuerdos tomados. Su absentismo como diocesano no resultó óbice para que Gil González Dávila incluyese su perfil en la lista de obispos conquenses que recoge su *Teatro Eclesiástico*²⁴, ofreciendo una biografía que serviría como fuente para autores posteriores.

En 1571 era trasladado a la diócesis de Córdoba, donde fue obligado a residir, aunque se esforzase denodadamente en mantener el contacto con el rey. Allí se preocuparía de aspectos como la reforma de las costumbres, realizaría la pertinente visita a la diócesis y trataría de renovar los estatutos de la Iglesia cordobesa junto al cabildo. En este sentido cabe destacar el trabajo firmado por García Oro y Portela Silva²⁵, quienes profundizan en la actividad del franciscano como obispo tridentino, y subrayan, con apoyo documental, la comunicación epistolar que el prelado continuaba intercambiando con Felipe II.

Finalmente, en 1577 era nombrado arzobispo de Zaragoza, pero fallecía antes de tomar posesión, cuando se hallaba en Santo Domingo de la Calzada para ver el progreso de las obras de su monumento funerario.

Y es que la faceta del célebre confesor como mecenas o patrón se concentraría principalmente en torno a su “patria chica”. Las edificaciones que financió y las donaciones que rubricaron su aportación han sido objeto de varios estudios locales. A tal efecto encontramos la añeja colaboración firmada por Monzoncillo del Pozo²⁶ en la

²³ PIZARRO LLORENTE (1994). *op. cit.*, pp. 165-166.

²⁴ G. GONZÁLEZ DÁVILA (1645). *Teatro eclesiástico de las iglesias metropolitanas, y catedrales de los reynos de las dos Castillas. Vidas de sus arzobispos, y obispos, y cosas memorables de sus sedes*. Madrid, tomo I, pp. 485-488.

²⁵ J. GARCÍA ORO y M.J. PORTELA SILVA (2000). “El obispo fray Bernardo de Fresneda y la reforma tridentina en la iglesia de Córdoba”. *Carthaginensia*, 16, pp. 139-181.

²⁶ T. MONZONCILLO DEL POZO (1954). “De pastorcito a Arzobispo de Zaragoza: Fr. Bernardo de Fresneda”. *Berceo*, 30, pp. 31-44. Abordando a Fresneda desde la perspectiva del “insigne paisano”, subraya su ascendente trayectoria y le absuelve, en pocas líneas, de las acusaciones de intrigante y relajado. Entre sus fuentes se encontraban precisamente las crónicas franciscanas de la provincia de Burgos.

revista de estudios riojanos *Berceo*. Con tono apologético nos hablaba de un Fresneda encariñado con La Rioja, y particularmente con Santo Domingo de la Calzada, considerando las fundaciones como prueba inequívoca de aquel afecto.

Los actuales estudios locales han incidido principalmente en un análisis de este legado desde la perspectiva de la Historia del Arte. El patrimonio artístico y las fases constructivas de la monumental capilla mayor y de otras dependencias conventuales han recibido atención en trabajos como los de Álvarez Pinedo²⁷ o, más recientemente, Barrón García²⁸. Por su parte, el rico conjunto de platería que el prelado destinaba al adorno de su capilla, ha sido analizado por la profesora Arrúe Ugarte²⁹. Se ha de incluir también la descripción realizada por Ramírez Pascual³⁰ sobre la biblioteca personal que Fresneda añadía a sus dádivas, y que hoy se conserva parcialmente en la catedral calceatense.

2. FRAY BERNARDO Y SUS FUNDACIONES EN SANTO DOMINGO DE LA CALZADA A LA LUZ DE LAS CRÓNICAS FRANCISCANAS

El nexo entre el confesor y la provincia franciscana de Burgos encontraba su reflejo en la fundación y patronato de la capilla mayor del convento franciscano de Santo Domingo de la Calzada. El cenobio se había trasladado a esta localidad en 1535 desde el pequeño término cercano de Cidamón. Su construcción era amparada en un primer momento por Juan de Sámano, secretario de Carlos V, quien donaba el lugar para edificar y un pequeño adelanto de 500 ducados³¹. Sin embargo, la fábrica no tomaría verdadero cuerpo hasta la intervención de fray Bernardo, a partir de 1567.

La primera relación manuscrita sobre la provincia, fechada a finales del siglo XVI, recogía el amparo del confesor real al convento, cuando la obra aún estaba en

²⁷ F. J. ÁLVAREZ PINEDO y J. M. RAMÍREZ MARTÍNEZ (1979). *Fray Bernardo de Fresneda y la Capilla Mayor de la Iglesia de San Francisco en Santo Domingo de la Calzada*. Logroño.

²⁸ A. A. BARRÓN GARCÍA (2007-2008). “Sobre la fundación de fray Bernardo de Fresneda en el convento franciscano de Santo Domingo de la Calzada”. *Fayuela: revista de estudios calceatenses*, 3-4, pp. 11-45.

²⁹ B. ARRÚE UGARTE (2011). “La actividad de Francisco Merino entre 1576 y 1578 y el legado de platería de fray Bernardo de Fresneda al convento de San Francisco en Santo Domingo de la Calzada”. En R. FERNÁNDEZ GARCÍA (coord.). *Pvlchrum, Scripta varia in honorem M^a Concepción García Gainza*. Pamplona, pp. 119-129. Agradezco a la profesora Arrúe su ayuda e indicaciones para abordar el perfil de fray Bernardo.

³⁰ T. RAMÍREZ PASCUAL (1992). “Una biblioteca del siglo XVI: Donación de Fray Bernardo de Fresneda al convento de San Francisco, en Santo Domingo de La Calzada, La Rioja”. *Berceo*, 123, pp. 69-98.

³¹ A pesar del inicial interés, Sámano finalmente elegiría como lugar de entierro una capilla de la catedral calceatense, y los franciscanos tuvieron que buscar otros benefactores. BARRÓN GARCÍA (2007-2008). *op. cit.*, pp 11-12.

marcha³². Los datos sobre el prelado y la fundación se ampliarían en las sucesivas relaciones e informes de la provincia durante el siglo XVII, destacando el grueso volumen manuscrito por Juan Bautista Galarreta hacia 1686³³. Esta tendencia encuentra una cierta culminación en la crónica impresa hacia 1722, comenzada por fray Domingo Hernáez de la Torre y finalizada, tras su defunción, por fray José Sáenz de Arquíñigo³⁴. Esta obra se articula a través de la cronología de las fundaciones de conventos en la provincia de Burgos, y la figura de Fresneda se introduce a partir del relato sobre el convento de N^a S^a de los Ángeles de Santo Domingo de la Calzada.

Se justifica así un largo paréntesis de varios capítulos que abordan la vida y el legado del confesor real. A través de ellos podemos observar cómo se entrelazan dos lugares comunes de este particular género historiográfico: la narración de biografías edificantes de religiosos y la relación de fundaciones conventuales. Son dos argumentos frecuentes entre los contenidos de esta literatura, empleados para construir la memoria de la orden -en este caso de la provincia- generando la imagen venerable y triunfante que los regulares pretendían presentar de sí mismos.

Respecto a la cuestión biográfica, no cabe duda de que los franciscanos de Burgos tendrían el retrato de fray Bernardo ocupando uno de los principales marcos de su galería de venerables. Su éxito cortesano era, además, susceptible de estimular el orgullo o la imitación por parte de los miembros de esta provincia. A pesar de esta especial consideración, su persona aparecía revestida de los habituales rasgos de virtud que incluyen este tipo de semblanzas. Unas cualidades homogéneas, estereotipadas, propias del religioso, del beato, del santo; una conexión con la literatura de corte hagiográfico que prolifera en el período³⁵. Religiosos como Fresneda eran ensalzados como modelos ejemplares, vinculándoles aquellas concepciones y actitudes que trataban

³² F. ARCE. *Descripción de la Provincia Franciscana de Burgos*, ms. fechado en 1583 y conservado en el Archivo Franciscano de Nájera, car. núm. 1. Esta relación se escribía para surtir de información a la crónica del ministro general Gonzaga (*De origine seraphicae religionis franciscanae eiusque progressibus de regularis observantiae institutione*, publicada en Roma en 1587).

³³ J. B. GALARRETA. *Breve y verdadera descripción de la santa Provincia de la regular Observancia de N. P. S. Francisco*, ms. fechado en 1686 y guardado en el Archivo de la Curia general OFM de Roma, aunque existe una copia en el Archivo Franciscano Ibero-Oriental (AFIO) de Madrid.

³⁴ HERNÁEZ DE LA TORRE y SÁENZ DE ARQUÍÑIGO (1722). *op. cit.*

³⁵ Después de Trento se reactiva el género hagiográfico, dando lugar a una nueva época de esplendor encabezada por los populares *Flos sanctorum* de Villegas y Rivadeneyra. Las biografías de beatos y venerables beberán de aquellas fuentes, dotando a los religiosos más señalados de virtudes y actitudes similares, incluyendo matices propios de la espiritualidad de cada orden. Sobre la evolución del género: D. L. GONZÁLEZ LOPO (2004). "Los nuevos modos de la hagiografía contrarreformista". *Memoria ecclesiae*, 24, pp. 609-632.

de imprimirse en los representantes del estamento clerical y, por extensión, promoverse entre la sociedad.

Más allá de la imprescindible fama de santidad, a la figura del confesor se adherían los adjetivos de sabio, virtuoso y, merced a sus fundaciones, los de generoso o liberal. Se subrayaba principalmente su perfil paradigmático como prelado, como predicador y como confesor³⁶. La prelación sería precisamente el aspecto en cuya ejemplaridad se significaría con mayor excelencia, como ya se intuía desde su temprana actividad como custodio provincial, pues “a instancia suya el año de 1551 salió la Sta. Provincia de Cantabria, para mejor gobierno, y paz de la suya de Burgos”³⁷.

Uno de los aspectos más subrayados era su cercana relación con el rey, “que en todos los negocios de importancia se valía del Illmo. Sr. D. F. Bernardo de Fresneda”³⁸. Si atendemos a cómo exaltan las crónicas este vínculo, se obtiene la impresión de que el confesor fue una de las principales figuras de su tiempo, e imprescindible mano derecha del monarca. Se nos asegura que su sabiduría hubiese sido reconocida por Carlos V, el cual instaría a su hijo a recibirle como confesor. El acierto del emperador se demostraría en el viaje del príncipe a Inglaterra para su matrimonio con María Tudor, siendo fray Bernardo un muro de contención frente a las herejías identificadas en aquel entorno.

De regreso a España, se destacaría la permanente influencia del confesor en el rey, recomendándole a los sujetos más adecuados para el gobierno político del reino, o formando parte del Consejo de Estado. También es notada su sempiterna asistencia al monarca, acompañándole a las cortes celebradas en Monzón, bendiciendo la primera piedra del monasterio de El Escorial, celebrando las exequias de Isabel de Valois, presenciando las capitulaciones matrimoniales del rey con Ana de Austria o el bautizo del príncipe Fernando. Los cargos y obispados obtenidos durante los años de confesionario se muestran como una recompensa del rey a tan eficaces y leales servicios.

Pero el punto fuerte de este nexo lo encontramos en la identificación de Fresneda con la política confesional de Felipe II. Dos largos capítulos de la crónica de Hernáez se dedican a transcribir unos apuntes doctrinales que el confesor había redactado hacia 1560, a propósito de la continuación del Concilio de Trento, donde defendía los

³⁶ En el I Encuentro profundicé en dichos perfiles a través de un ejemplo: F. MUÑOZ SÁNCHEZ (2013). “La construcción de una vida edificante. Fray Ignacio de Santibáñez, arzobispo de Manila (1598)”. En E. SERRANO (coord.). *De la tierra al cielo. Líneas recientes de investigación en Historia Moderna. I Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Moderna*, [CD-ROM], Zaragoza, pp. 117-133.

³⁷ GALARRETA (1686). *op. cit.*, fol. 36.

³⁸ *Ibidem*.

intereses del monarca³⁹. También es notada su presencia en el concilio provincial de Toledo, auspiciado por el propio rey, o su intervención en las reformas del clero regular, coincidiendo con el criterio del monarca en torno a la promoción de la Observancia y la extinción de la conventualidad.

Como colofón, los cronistas ponían en boca del Rey Prudente algunas frases de elogio para con su confesor. En una ocasión indicaría que “sólo de mi conciencia, y de mi Confessor Fray Bernardo tengo segura satisfacción”⁴⁰. Fallecido el prelado, el rey exclamaría ante su sepulcro: “O verdadero amigo, en vida, y en muerte!”⁴¹. Del mismo modo, declararía que “para lo mucho que me sirvió, dexó muy poco, y dispuso dello muy conforme a la voluntad de Dios, y a mi agrado, y fundó Missas por mi alma”⁴². En definitiva, se trataba de transmitir la idea de que Fresneda “fue el Oráculo de la prudencia, y el Director de la Católica conciencia de un Phelipe Segundo”⁴³.

También se aludía con cierta frecuencia al paralelismo entre Francisco Jiménez de Cisneros y el confesor Fresneda, por cuanto se afirmaba que éste siempre tuvo en mente constituirse como un émulo de la obra del cardenal. Para equiparar su propia imagen a la de aquel celeberrimo personaje hubiese trabajado en dos direcciones. De una parte participaría en la reforma de las órdenes religiosas, proceso que en época de los Reyes Católicos había comenzado su inspirador⁴⁴. Por otro lado se encontraba el proyecto al cual destinó su legado durante sus últimos años: el colegio y universidad en Santo Domingo de la Calzada, que pretendía levantar a imagen y semejanza del fundado por Cisneros en Alcalá de Henares.

Todo lo dicho hubiese justificado que los cronistas se esmerasen en presentar a fray Bernardo como “hijo ilustre” de la provincia y benefactor especial de la misma. La provincia franciscana de Burgos es pintada como el entorno que acoge los primeros pasos de fray Bernardo en la institución, hasta alcanzar en 1551 el grado de custodio provincial. Beneficiaría más adelante al distrito cuando, expulsados los frailes claustrales de Navarra, intercedería para que sus conventos pasasen a la provincia franciscana de Burgos. Esta demarcación también se presenta como su destino final, ya que, dentro de sus límites, erigiría la capilla mayor donde descansarían eternamente sus

³⁹ HERNÁNDEZ DE LA TORRE y SÁENZ DE ARQUINIÑO (1722). *op. cit.*, pp. 236-245.

⁴⁰ *Ibidem.*, p. 234.

⁴¹ GALARRETA (1686). *op. cit.*, fol. 37.

⁴² HERNÁNDEZ DE LA TORRE y SÁENZ DE ARQUINIÑO (1722). *op. cit.*, p. 259.

⁴³ *Ibidem.*, p. 234.

⁴⁴ Remitimos a una monografía clásica: J. GARCÍA ORO (1971). *Cisneros y la reforma del clero español en tiempo de los Reyes Católicos*. Madrid.

restos. Se dibujaba de manera providencial el hecho de que Fresneda hubiese fallecido en su provincia de origen:

“Daba al Altísimo afectuosísimas gracias de que le avía trahido a morir a su Convento amado en su Santa Madre la Provincia de Burgos, y quisiera entonces aver vivido siempre en este centro Religioso humilde; mas a la verdad, ni tan altos y diversos ministerios divirtieron su atención a este origen, ni tanta grandeza y gloria humana le arrancó de la humildad”⁴⁵.

Un relato panegírico e interesado principalmente en las virtudes de tan eminente personaje, omite obviamente aquellas facetas más negativas de la personalidad del prelado. Nada se explica de su celo por mantenerse en el confesionario regio, de las enemistades surgidas por defender su influencia y privilegios, o de los perjuicios que hubiese causado a ciertas personas por dichas razones. El proceso inquisitorial a Carranza apenas resulta perceptible, y tan sólo podemos colegir la difícil situación del arzobispado de Toledo, cuando se añade la dudosa afirmación de que la sede fue ofrecida por el rey a fray Bernardo. Era algo que seguramente él hubiese deseado como culminación a su deseo de convertirse en un segundo Cisneros:

“Por estos años también vacó la Santa Iglesia de Toledo, Primada de las Españas; y aviendo estado como desamparada, y llena de amargura aquella excelsa Iglesia por muchos años, hasta que murió en Roma en la Minerva su Prelado, pensó, y determinó Phelipe Segundo promover a ésta a su Confessor”⁴⁶

Lógicamente tampoco hallamos atisbo alguno de rasgos de personalidad poco virtuosos o adecuados a la conducta de un franciscano. No se habla en estas líneas de un Fresneda de costumbres relajadas, dado a la ostentación y al lujo, ambicioso o intrigante. Más bien se le describe bajo el signo de la humildad, aceptando responsabilidades de forma obediente para corresponder a la confianza depositada por el monarca.

Pasando a la cuestión del legado de fray Bernardo, el patronato que el prelado aspiraba a ostentar sobre aquella capilla mayor podemos englobarlo dentro de las iniciativas de fundación o patronazgo que las jerarquías eclesiásticas llevaron a cabo con frecuencia durante la Edad Moderna. Como otros grupos de la elite social de aquellos siglos, los obispos, arzobispos, cardenales o canónigos también contribuyeron

⁴⁵ HERNÁEZ DE LA TORRE y SÁENZ DE ARQUINIGO (1722). *op. cit.*, p. 257.

⁴⁶ *Ibidem.*, p. 255. El cronista asegura que Fresneda, confuso ante el nombramiento, declinaría la oferta empleando como intercesora a la reina. Pou y Martí recoge el dato, pero no le da crédito por no vacar la sede toledana entre 1557 y 1576. POU Y MARTÍ (1930). *op. cit.*, pp. 583-584.

a financiar la expansión del clero regular. En ocasiones se debía a cuestiones pastorales de la diócesis, pero también podía suponer una forma de exhibir su alto rango, de adquirir prestigio o de colaborar con las estrategias de su propio linaje⁴⁷.

En tales casos no era extraño que escogiesen precisamente su región o localidad natal para instalar una nueva comunidad religiosa, dejando una huella indeleble en la memoria local de su tierra de origen. Muchos no fundaban en la diócesis que gobernaban, sino en sus lugares natales o dentro de los dominios familiares⁴⁸. Estos son los pasos que debió seguir el confesor de Felipe II, pues a pesar de regir los obispados de Cuenca y Córdoba, eligió su región de procedencia para asentar aquella gran obra póstuma. Santo Domingo era una cabecera de comarca que además compartía sede episcopal con Calahorra, y donde nuestro fundador probablemente tenía lazos de parentesco. Se decantó, además, por apoyar el crecimiento y la prosperidad de una comunidad de la misma provincia franciscana que le había ayudado a medrar.

Aunque hay que añadir que en su testamento no se olvidaba de su Fresneda de la Sierra natal, legando 1500 ducados para terminar el retablo de la iglesia parroquial. También se debe señalar que, siendo obispo de Cuenca, había llevado a cabo una fundación de monjas bernardas en la ciudad manchega⁴⁹.

Sometidas las citadas crónicas a un filtro crítico, podemos extraer detalles que nos ayuden a comprender el significado de aquellas fundaciones. En muchas ocasiones estos textos nos proporcionan información y fragmentos documentales que dicen mucho de las intenciones del patrón que costea la obra. Nos referimos principalmente a testamentos y escrituras de fundación o patronato, aludidos en estos volúmenes con fines justificativos, pero también como un modo de exponer la piedad y munificencia de los fundadores. En nuestro caso, Hernáez de la Torre se esforzó en recopilar el paulatino proceso a través del cual el confesor había realizado su donación.

La mecha parece prender cuando Fresneda ocupaba aún el obispado de Cuenca, época en la cual su influencia cortesana comenzaba a decaer. Para entonces también había presenciado la construcción de importantes complejos conventuales como el monasterio de El Escorial, o el convento mercedario de N^a S^a de los Remedios en

⁴⁷ ATIENZA LÓPEZ (2008). *op. cit.*, pp. 358-376.

⁴⁸ *Ibidem.*, pp. 366-368. La autora aporta el ejemplo de Talavera de la Reina, donde tenían sus raíces el arzobispo de Granada, fray Hernando de Talavera, que promovió el convento de franciscanos de la localidad, y fray García de Loaysa, confesor de Carlos V, que favoreció allí la instalación de los dominicos.

⁴⁹ PIZARRO LLORENTE (1994). *op. cit.*, p. 181.

Madrid⁵⁰. Quizá estos factores, unidos a una incipiente senectud, pudieron influir en la decisión de comenzar la financiación de su propio mausoleo.

Esbozada la idea y compartida con sus hermanos de hábito de la provincia, en 1567 realizaría la primera donación importante, algo tan personal y bien nutrido como su propia biblioteca. La situación se formalizaba el año siguiente, firmando una escritura de patronato que sería aprobada por el capítulo provincial de ese año, y de nuevo por el capítulo provincial de 1572, presidido por el ministro general de la orden. En 1573 llegaría la confirmación definitiva a través de una bula de Gregorio XIII.

El cronista desglosaba algunas de las cláusulas de la escritura que consideraba significativas, como la obligación del convento de decir una misa diaria por su intención y una misa cantada los días de Nuestra Señora y de los Apóstoles, o la exclusividad de entierro en la capilla mayor para quienes el patrón decidiese. Son condiciones que encontramos en gran parte de este tipo de documentos y que dicen mucho de las preocupaciones por la eternidad y por la demostración de la posición social que estaban detrás de estos acuerdos. Sin embargo, como buen mendicante, matizaba la donación y declaraba que, por no poder los franciscanos recibir rentas, se obligaba a dejar la limosna situada en el colegio que aspiraba a fundar⁵¹.

Aquel colegio mayor y universidad de San Buenaventura se convertiría en su gran proyecto personal. Las crónicas destacan la afinidad de fray Bernardo por la obra escrita del santo, uno de los principales en el panteón de la orden franciscana, siendo así que el ministro general fray Francisco Zamora (1559-1565) dedicaría a Fresneda la reimpresión de las obras del “doctor seráfico”⁵². El otro inspirador, más nítido y cercano en el tiempo, era el cardenal Cisneros, cuyo currículum se aprestaba a igualar con una fundación que remedaría la alcaína.

Con cierto matiz filantrópico se calificaría la decisión que tomó el confesor de procurar un espacio de estudios para los naturales de La Rioja, Guipúzcoa, Álava, Vizcaya y parte de Castilla la Vieja, atendiendo a lo costoso que suponía para estos estudiantes cursar grados en Salamanca o Valladolid. Hernández de la Torre aprovecha para alabar una iniciativa que suponía una provechosa y responsable aplicación de las

⁵⁰ *Ibidem.*, pp. 183-184.

⁵¹ HERNÁNDEZ DE LA TORRE y SÁENZ DE ARQUINIGO (1722). *op. cit.*, p. 249.

⁵² GALARRETA (1686). *op. cit.*, fol. 36. Fray Francisco de Zamora, que participó en Trento, será conocido por reeditar la obra del santo franciscano. El cronista se refiere específicamente a los opúsculos teológicos editados en Venencia en 1564.

rentas eclesiásticas⁵³. La luz verde para financiar esta ambiciosa iniciativa la obtuvo de Gregorio XIII en 1574, con una bula que le permitía testar hasta 40.000 ducados de oro de cámara a esta fundación. Por entonces envía también la cantidad necesaria para comprar el solar donde se construiría el colegio, enfrente del convento.

En 1576 continúa su interés por engrandecer la fundación de la capilla y realiza una nueva donación que incluye ornamentos de plata labrada, una colgadura de terciopelo y damasco colorado y varias reliquias. Hernáez vuelve a extractar la escritura para destacar la perpetuidad con la cual se efectuaba la donación a la capilla y la condición de los frailes como usufructuarios y no propietarios, sin posibilidad de enajenar, prestar, cambiar o vender aquellos bienes.

Llegamos finalmente a la escala del prelado en Santo Domingo de la Calzada en 1577, cuando acudía a tomar posesión de la archidiócesis cesaraugustana. El cronista, aludiendo a la tradición, trata de pintar el cuadro de esta entrada, donde asegura cómo la ciudad y el cabildo de la catedral calceatense le recibieron con grandes honores. Por su parte, el prelado lamentaría que sus fundaciones no estuviesen tan adelantadas como él esperaba, especialmente en el caso del colegio. Cuanto a la capilla mayor, escogía una sentencia de carácter bíblico, que no parece en ningún modo casual, sino *ad hoc* para su propia sepultura: “Elegí y santifiqué este lugar para que en mi nombre esté aquí para siempre, y mis ojos, y mi atención permanezcan aquí todos los días”⁵⁴.

La enfermedad allí contraída hace que disponga sus últimas voluntades, recogidas en un testamento y dos codicilos. En aquel documento dejaba constancia de la imagen de gran prelado que aspiraba a perpetuar, expresada en su deseo de enterrarse en el centro de la capilla mayor y de que se celebrasen unas exequias correspondientes a su dignidad, tras las cuales se dijese hasta 12.000 misas repartidas entre las iglesias de la ciudad y el convento. Legaba además los citados 40.000 ducados de oro para la construcción del colegio, una cantidad de la cual responsabiliza al presidente del cabildo catedralicio, al ministro provincial franciscano y al doctor Uzquiano, canónigo magistral. En el segundo codicilo también resultaba favorecida la provincia franciscana, recibiendo 200 ducados trienales para la celebración sus capítulos, a cambio, eso sí, de una serie de misas por el alma del finado y la de sus difuntos.

A pesar de la suma dejada y la claridad de sus voluntades, la construcción del complejo universitario no prosperó. La herencia de Fresneda sufrió, como dice con algo

⁵³ HERNÁEZ DE LA TORRE y SÁENZ DE ARQUINIGO (1722). *op. cit.*, pp. 251-252.

⁵⁴ *Ibidem*, pp. 256-257.

de sorna el cronista, “litigiosas confusiones”, “por el concurso acostumbrado adonde ay cadáver de Prelado Obispo”⁵⁵. A la muerte del arzobispo surgen diversos pleitos concernientes a su hacienda, que se conjugan con la mala gestión y malversación de los fondos por parte de los testamentarios⁵⁶. También se aduce que las universidades de Salamanca y Valladolid habían presentado oposición a la competencia que hubiese supuesto la apertura de este centro.

Las obras se alargaron hasta bien entrado el siglo XVII y, finalmente, el Consejo de Castilla intervino para poner fin al problema, estimando que tras la fundación de la capilla, sacristía, librería y colegio para los religiosos, el resto del legado se emplease en una obra pía en nombre del fundador. Aunque la universidad no llegó a ser, se concluyó el colegio destinado a los franciscanos del distrito y el convento se erigió en casa capitular de la provincia de Burgos.

En la crónica hallamos también una descripción minuciosa del conjunto conventual debido al legado de Fresneda, donde destacaba el esplendor, la grandeza y el lujo con que el arzobispo hubiese planteado la fundación. El deseo de asentar *ad eternum* su nombre y su categoría como ministro del rey quedaba rematado, además de por innumerables ornamentos, por la escultura de alabastro que situó en la sepultura levantada en el centro de la capilla mayor y por los escudos de armas dispuestos en estratégicos puntos del edificio.

Tal modelo de panteón era propio del período renacentista y, entre otros, el propio cardenal Cisneros reposaba dentro de un monumento similar en el centro de la magistral de Alcalá de Henares⁵⁷. Cuanto a los blasones, el conjunto diseñado estaba compuesto por un enorme escudo de armas reales, bajo el cual se situaban otros dos más pequeños con la heráldica del prelado. A día de hoy podemos verlos colocados sobre el remate del altar mayor, y en la parte exterior de las murallas de la iglesia. Como colofón había destinado la capilla lateral, dedicada a San Pedro, al entierro de sus sucesores en el patronato, comenzando por su propio hermano, Francisco de Alvarado, quien se hubiese encargado de finalizar la obra tras el deceso del arzobispo.

⁵⁵ *Ibidem*, p. 258.

⁵⁶ Una síntesis de la problemática en torno a la hacienda dejada por Fresneda en: ÁLVAREZ PINEDO y RAMÍREZ MARTÍNEZ (1979). *op. cit.*, pp. 9-13.

⁵⁷ Desde el siglo XV las preferencias de enterramiento se movían entre la tumba central con yacente, como la Cisneros en Alcalá o la de los condestables en Burgos, y el sepulcro lateral con orante. Desde la segunda mitad del siglo XVI el sepulcro central comienza a desaparecer, a raíz de los decretos tridentinos, que preferían la unidad espacial de las iglesias de predicación. BARRÓN GARCÍA (2007-2008). *op. cit.*, pp. 19-20.

Exclusividad de enterramiento para sí mismo y para sus sucesores y parientes, un sepulcro monumental y notorio, una gran dotación de misas y aniversarios y unos escudos de armas flanqueando lugares principales. Fray Bernardo de Fresneda levantaba conscientemente un monumento en su memoria, como harían en estos siglos tantos otros fundadores religiosos y laicos. Conseguía además que en la memoria local esta obra fuera suya, eclipsando la anterior participación del secretario Juan de Sámano. El del confesor de Felipe II es uno de tantos ejemplos que se han ofrecido acerca de cómo el patronato religioso era, en estos tiempos, uno de los medios más visuales y empleados a la hora de expresar ante el conjunto social el prestigio o el poder que se había heredado o adquirido en vida.

3. CONCLUSIONES

En su intento de construir una imagen positiva como institución, los regulares escogerían como portavoces a sus mejores bazas: santos, beatos, destacados prelados... Personajes como Fresneda serían de algún modo patrimonializados por sus respectivas órdenes o provincias, convirtiéndolos en una orgullosa parte de su identidad. En este caso, la estrecha relación del confesor con el monarca era especialmente subrayada e instrumentalizada en el discurso, para asegurar el permanente vínculo de la orden franciscana con la Corona, así como los servicios que a ésta y a la Iglesia hubiese prestado esta comunidad a lo largo de los siglos. El valor simbólico de religiosos de tal calibre también buscaría cohesionar a los miembros de la orden, ofreciéndoles figuras para admirar y defender como causa común.

Por otra parte, a través de las crónicas también podemos conocer el perfil social de los fundadores o patronos de aquellas fábricas conventuales y cuáles eran los objetivos que se marcaban con este tipo de protección. En muchas ocasiones pueden aportarnos información a través de la recopilación de documentos fundacionales y testamentos, que permiten observar los pasos necesarios en estos procesos y las condiciones impuestas por los fundadores a cambio de su apoyo. En retribución o agradecimiento, los religiosos asentaban el nombre de estos patronos en sus crónicas con palabras aduladoras, tratando de mover a que otros fundadores quisieran ensanchar su prestigio de manera semejante. En el caso estudiado coincidían el crédito y la gloria que se daba a un fundador, con el hecho de que se tratase de un religioso oriundo de la misma provincia.

Aunque su equiparación con el cardenal Cisneros no llegó a cuajar en el grado deseado, fray Bernardo consiguió perpetuarse en la memoria de sus hermanos de hábito de la provincia franciscana de Burgos. Su aparición en las crónicas, que trataban de recrear el glorioso pasado de aquella comunidad, procuró preservar los detalles más sobresalientes de una biografía llena de claroscuros. El servicio a la Monarquía y la contribución fundacional a favor de la orden fueron los pilares básicos de su representación, tal como recordaba en 1798 aquella patente del ministro provincial burgalés.